

31-XII-2010

Zerbitzuan, n.º 48, págs.

Artículo de Natxo Arnaiz Arnaiz (Bolunta)

Siglo XXI: ¿el siglo de la participación?

Natxo Arnaiz Arnaiz

Bolunta, Agencia para el Voluntariado y la Participación Social de Bizkaia

<narnaiz@bolunta.org>

En los últimos años, se han puesto en marcha diferentes leyes, planes y programas que intentan regular y promocionar la acción voluntaria, el asociacionismo y la participación ciudadana en la totalidad de las comunidades autónomas y en varios municipios del Estado. En este movimiento creciente y cada vez más complejo, han ido surgiendo áreas, concejalías, dispositivos, leyes, reglamentos e iniciativas de todo tipo orientadas a impulsar la participación ciudadana en sus diversas expresiones. De forma concreta, han ido apareciendo centros, oficinas o agencias de promoción de la participación, que son quienes estamos articulando, en gran medida, el conjunto de acciones de promoción. Desde la experiencia y recorrido de uno de estos centros, Bolunta, queremos compartir algunas reflexiones y criterios que, entendemos, deben orientar la promoción de la participación social y la acción voluntaria en nuestra comunidad autónoma en los próximos años.

Palabras clave:

voluntariado, solidaridad, participación, movimiento social, transformación.

1. Introducción

Vivimos una etapa de eclosión y de importantes transformaciones en el sector social. En los últimos años, la participación social de los ciudadanos y ciudadanas se ha venido incrementando, al mismo tiempo que han cambiado las expresiones e iniciativas en las que toma cuerpo, y las motivaciones y demandas de las personas y colectivos que la practican. Igualmente, se ha incrementado el interés de las administraciones públicas por el mundo de la acción voluntaria y la participación ciudadana. Es, por lo tanto, previsible que el futuro cercano nos depare más cambios y reajustes relacionados con las fórmulas y los espacios para la participación individual y colectiva, la desaparición y creación de proyectos asociativos, las conexiones con el ámbito institucional, el incremento en el volumen de patrocinio y mecenazgo desde el sector privado, o el avance hacia modelos mixtos entre voluntariado y profesionales.

Nuestra sociedad tiene como uno de sus retos afrontar esta etapa de cambios para lograr la maduración y la consolidación de la participación, en general, y del voluntariado, en particular. La pregunta que debemos hacernos desde las diferentes esferas es: ¿qué papel queremos que juegue la participación y la solidaridad en el futuro de nuestras comunidades? De las respuestas y estrategias que se adopten dependerá, en gran parte, el desarrollo del potencial solidario de nuestra sociedad. El

próximo 2011 ha sido declarado por el Parlamento Europeo como el Año Europeo del Voluntariado, lo cual puede representar una buena oportunidad para repensar el sentido y papel de la participación social y consolidado, o para activar nuevas estrategias que permitan su impulso y una mejor integración en nuestro modelo social.

2. La gran sociedad

El pasado verano, el primer ministro británico, David Cameron, sorprendía al mundo con un mensaje más bien simple y, a priori, con poca fuerza mediática: el Reino Unido se comprometía a dar mayor protagonismo a la sociedad civil. Sin embargo, el contexto de crisis en el que se lanzaba esta propuesta y la intensidad con la que el dirigente político defendía dicho compromiso hicieron que la noticia tuviera un amplio eco, tanto en Gran Bretaña como en otros lugares de Europa. Cameron venía a afirmar que es necesario que la sociedad civil participe a la hora de controlar y decidir los servicios públicos, e incluso a la hora de ejecutar determinado tipo de tareas y actuaciones comunitarias. Dicho de otra forma, defendía la necesidad de conceder mayor espacio y poder a la sociedad civil. Así, el Reino Unido se comprometía a financiar estos próximos años varias experiencias piloto que contribuyan a generar un modelo extrapolable al conjunto de la nación.

El primer ministro enmarcaba este paradigma en la necesidad de una nueva revolución, a la que denomina *The Big Society* (La Gran Sociedad), con la que pretende corresponsabilizar en mayor medida al conjunto de la ciudadanía en la prestación de servicios y en el desarrollo del Estado de bienestar, en la búsqueda de una sociedad más de todos y todas. Dar más herramientas y posibilidades para que la ciudadanía y sus agrupaciones –más o menos organizadas–, de cualquier municipio o barrio tengan mayor capacidad de influir en lo que acontece y se decide en sus respectivos territorios.

Cameron era consciente de que este nuevo modelo de sociedad empieza por mejorar y cuidar la transparencia de la actuación pública, abriendo las instituciones a la ciudadanía, garantizando el acceso a la información, disponiendo más y mejores recursos para canalizar la opinión, la decisión y la participación ciudadana, concediendo más poder a los ciudadanos y ciudadanas en el control de los servicios públicos y, lo que es más importante, definiendo claramente el escenario y las condiciones para hacer posible dicho cambio.

Sin embargo, sorprendió la aparente torpeza, en contenido y forma, con la que se presentó esta ‘revolución’. Lejos de ser reflejo de una convicción incondicional en favor de una verdadera democracia participativa, donde los ciudadanos y ciudadanas sean sujetos activos de las políticas públicas, su presentación dejaba entrever un escaso conocimiento de lo que es, lo que representa y de cuál es el papel que debe jugar la participación social organizada. Y peor aún, ponía en evidencia una vez más la escasa sensibilidad con la que gran parte de los agentes políticos se atreven a

menudo a inmiscuirse en el mundo de la participación social sin un posicionamiento maduro, contrastado o, cuando menos, mínimamente definido y fundamentado, que no deje margen para la sospecha.

Muchos sectores no han tardado en acusar claramente al Gobierno británico de intentar sustituir el poder y la responsabilidad públicos a costa de la sociedad civil, de suplir el recorte social con la acción voluntaria y desinteresada de la población, y de promover un modelo utilitarista, interesado e inducido de participación ciudadana. La acusación se produce, además, en un momento de crisis y ajustes presupuestarios, de recorte de las subvenciones públicas al movimiento social y de los fondos destinados a la cooperación al desarrollo, por un lado, y de desencanto político y acusado descenso del porcentaje de ciudadanos que ejercen el sufragio universal, por el otro. Obviamente, hay razones de peso para sospechar en la bondad de esta propuesta, que intenta hacer de la participación ciudadana adalid del sistema democrático. Esa sospecha, unida a unos más que nefastos ejemplos¹ de esta nueva cultura, han provocado que esta revolución sea calificada de trampa para reducir el papel del Estado, recortar determinados puestos profesionales y para culpabilizar a la ciudadanía por su dejadez o indiferencia ante determinadas necesidades sociales.

A pesar de la torpeza y ambigüedad en la plasmación de la idea, comparto el fondo: es necesario un nuevo modelo de gobierno en el que la ciudadanía sea sienta más protagonista, más considerada, más reconocida, más identificada, más implicada, más motivada y más capaz de influir en todo lo que acontece a su alrededor. Así dicho, suena coherente y bonito, pero no es más que la plasmación de ese nuevo modelo de gobernanza que, a lo largo de esta última década, se viene reivindicando con fuerza en la Unión Europea. Sin duda, es pronto para extraer conclusiones del modelo británico, pero estaremos atentos al desarrollo de las diferentes experiencias activadas.

3. A vueltas con la participación

Tomando como base la propuesta británica, compartimos la necesidad de subrayar la dimensión prepolítica del voluntariado y del movimiento asociativo, siendo conscientes de que dichos fenómenos pueden responder mejor a su papel social y a su vocación solidaria si se conciben como agentes participantes en los procesos políticos, compartiendo tal condición con el resto de agentes que también operan en la esfera pública.

La participación ciudadana permite satisfacer la creciente demanda de los ciudadanos y las ciudadanas para que sus opiniones sean tenidas en cuenta, y pueda darse una mayor transparencia y rendición de cuentas en la gestión política. Como consecuencia, en los últimos años se han multiplicado en todo el mundo las experiencias de participación ciudadana, especialmente en los gobiernos municipales, al ser los más próximos a la ciudadanía y a la puesta en marcha de todo tipo de acciones de carácter comunitario. En el Estado, todavía vamos con bastante

retraso en esto de la participación, y a día de hoy es preciso tener más claros los conceptos de participación ciudadana o de democracia participativa, y conocer y analizar los movimientos y las tendencias en este amplio, complejo y también confuso mundo de la participación.

Porque, ciertamente, una prioridad absoluta es la de clarificar el propio marco conceptual que rodea la participación, si no queremos que el tiempo juegue en nuestra contra y se siga alimentado una confusión creciente a la hora de entender la sociedad civil. Resulta tan amplia la diversidad en las utilizaciones del término que tanto uso y abuso puede terminar por desfigurar y desprestigiar el fenómeno. Sólo desde un marco conceptual e ideológico bien definido, por plural y flexible que éste sea, podremos contribuir a poner en valor el sentido y el papel auténtico de la participación social, y a promover su desarrollo.

La palabra ‘participación’ es un poco engañosa, porque puede utilizarse según acepciones y conveniencias distintas. No todas las fórmulas y formas de participación son igualmente deseables, ni tienen la misma trascendencia, ni implican la misma participación. Tampoco en todos los casos permiten alimentar el sentimiento y la realidad de ser protagonista, responsable y creador de la marcha de la sociedad. Podría resultar bien sencillo dar una definición aproximada y mínimamente consensuada de lo que es la participación social: “cualquier actividad orientada a influir directa o indirectamente en las políticas públicas realizada por las personas, mediante diferentes programas y cauces, ya sea a título particular, ya sea a través de todo tipo de agrupaciones ciudadanas”. Por su parte, la ‘acción voluntaria’, entendida como aquella surgida de la propia iniciativa social, mínimamente organizada, con carácter solidario, orientada a la transformación social y desarrollada libremente por todo tipo de colectivos ciudadanos, vendría a ser una expresión concreta de la participación social, una forma específica, pero no la única.

Sin embargo, resultaría mucho más complicado y farragoso entrar a delimitar debidamente y entrelazar entre sí los diferentes conceptos que habitualmente se utilizan de manera indiscriminada en el campo de la participación, desde diferentes acepciones, criterios y fundamentos ideológicos: sociedad civil, tercer sector, organización de voluntariado, participación ciudadana, participación cívica, participación comunitaria, procesos participativos, democracia participativa, presupuestos participativos, asociacionismo, acción voluntaria, movimientos sociales, desarrollo comunitario, voluntariado, voluntariado cívico, ciudadanía activa, o participación social.

Aquí tenemos una asignatura pendiente de reflexión y trabajo por parte del conjunto de agentes vinculados a este ámbito, en un momento de crisis y de cambio en la configuración de los Estados, de los poderes públicos, de las administraciones públicas, que se ven afectados por fenómenos como los siguientes:

- El incremento de la conectividad que hacen posible las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, y la reestructuración en red del tejido

económico, político y social.

- La individualización de las trayectorias humanas y la aparición de nuevos riesgos sociales.
- El cuestionamiento de la legitimidad y el valor de instituciones tradicionalmente centrales en la vida social, como la Iglesia, los partidos políticos o los sindicatos.
- La pujanza de los medios de comunicación vinculados a la dinámica del consumo de masas.
- La reestructuración de las familias y las comunidades por fenómenos como los nuevos papeles de la mujer o los movimientos migratorios.

En este contexto, como destacaba Fernando Fantova en el Congreso 'Bolunta 2005' (2006), los poderes públicos tienen nuevas necesidades en cuanto a su legitimación, y los diferentes agentes sociales (incluidas las asociaciones y el voluntariado) pueden encontrar nuevas oportunidades de participación. Por otra parte, el Estado busca nuevas alianzas estratégicas y fórmulas de gestión. Todo esto dibuja de otra manera el panorama, y por eso se habla de conceptos como gobernanza, gobierno en red, nueva gestión pública o administración relacional.

En ese escenario complejo, cada agente tendrá que encontrar su papel. Habrá entidades voluntarias más orientadas a la prestación de servicios, la colaboración con la administración pública, la denuncia y la sensibilización, o a la vinculación en movimientos sociales. Y cada agente se configurará y se posicionará de una manera peculiar en relación con los demás. Lo mismo cabe decir de cada ciudadano o ciudadana, que tendrá ante sí la posibilidad de elegir distintas formas y dinámicas de participación, que pueden llegar a ser muy diferentes unas de otras.

En cualquiera de los casos, participar exigiría una serie de actitudes:

- Libertad para opinar sin presiones del entorno.
- Sentido del deber y de la responsabilidad.
- Deseo de mejorar las condiciones actuales.
- Apertura a los cauces de participación y búsqueda de otros nuevos, más comprometidos.
- Mantener un clima de cordialidad que haga posible el entendimiento y la relación.
- Interés por tomar parte en los procesos participativos.
- Partir de unos mínimos objetivos comunes.

Además, es preciso que existan unas condiciones ambientales que faciliten la participación:

- Existencia de leyes que protejan las distintas clases de participación.
- Posibilidad de constituir organismos participativos desde distintas estructuras.
- Suponer una base de igualdad entre las personas que han de participar.

- Existencia de un ambiente sociocultural que favorezca los estilos participativos.
- Difusión de las ventajas que proporcionan los distintos modos participativos.
- Creer realmente que el paternalismo del Estado no tiene sentido en una sociedad de adultos, donde el individuo es el protagonista principal de su historia.

Ante todo, hay que mantener que la participación es una actitud o un estado de conciencia que estima como valores superiores la responsabilidad y el derecho a intervenir en los asuntos públicos. La auténtica participación se configura en torno a las siguientes características.

- Es una acción personal y original, que responde a las exigencias de la propia conciencia y expresa las propias convicciones. Si no cuenta con este rasgo, se corre el peligro de caer en una manipulación enmascarada, montada artificialmente por una minoría, en el poder o en la oposición, que lo único que pretende es captar adhesiones para vanagloriarse del número de afiliados o seguidores.
- Está dotada de sentido crítico, no acepta desde la bondad cualquier propuesta, sino que la pondera y sabe decidir en consecuencia, sopesando los pros y los contras. Dado que toda participación supone una renuncia a sí mismo para integrarse en el quehacer comunitario, hay que estar siempre alerta para no caer en la trampa de un conformismo despersonalizado y mecanicista, que termine convirtiendo nuestra persona en una rueda más del engranaje de un sistema con el que no nos identificamos.
- Es potenciadora y enriquecedora de la persona y de la comunidad. Falsa participación es aquella que, en vez de promocionar la libertad, encadena o esclaviza. Esto supone contar con un proyecto de sociedad, tanto en el ámbito político como económico, que aspira a que se dé un mayor reparto de los recursos y del poder.

Cuando hablamos de participación ciudadana estamos sobreentendiendo ‘participar en el poder’, es decir, permitir el acceso real de las personas a las decisiones que les afectan y que consideran importantes. Ello implica:

- El despertar de las y los habitantes a la conciencia de sus problemas y a la comprensión de los datos que definen su situación.
- El reconocimiento de que una sociedad debe transformarse a partir de su propio fondo cultural, con sus propios medios, y a partir de su propia historia, incluso si resulta deseable que sus condiciones de existencia sean modificadas profundamente.
- La búsqueda común de soluciones, lo que exige a menudo ‘una mirada nueva al mundo’.
- La creación de condiciones para una actitud dinámica que debe suscitar iniciativas.

La participación se hace óptima cuando los ciudadanos y las ciudadanas han llegado al convencimiento de que el programa elaborado es su programa, y de que el éxito de éste ha dependido, en parte, de su colaboración directa y activa. Motivar a las personas para que participen en la toma de decisiones de su comunidad es una labor complicada. La gente tiene otras muchas tareas a las que dedicar su tiempo y energía, y es preciso demostrar con hechos que su colaboración es tomada en cuenta dentro de los cauces establecidos, y que tiene consecuencias directas. Y a día de hoy, me temo que son más las experiencias frustrantes que las realmente exitosas y eficaces.

4. Retos de la acción voluntaria

En los últimos años, se deja entrever cierta preocupación por el devenir de la participación ciudadana. Estamos en una etapa de transformación de los valores sociales predominantes, que parece empujar a las entidades sociales a la necesidad de adaptarse a las nuevas realidades, de acometer cambios y afrontar innumerables retos. En la mayor parte de encuentros, jornadas, congresos y planes, se hace hincapié en algunos de los urgentes retos que tienen ante sí la acción voluntaria y la participación ciudadana. Hemos hecho un esfuerzo por recuperar los principales desafíos que se nos plantean a las entidades sociales si queremos consolidar nuestros proyectos, nuestra eficacia y nuestra capacidad para movilizar a la ciudadanía. Enumerémoslos:

- Mejora de la gestión.
- Adecuación de las estructuras organizativas, órganos de gobierno y mecanismos internos de participación.
- Modernización de nuestras organizaciones, proyectos, instalaciones y medios.
- Innovación.
- Acceso a las nuevas tecnologías y la sociedad de la información.
- Calidad, eficacia y eficiencia.
- Diversificación de fuentes de financiación, apertura a la colaboración con el mundo empresarial.
- Formación.
- Introducción de la perspectiva de género en nuestras entidades y proyectos.
- Trabajo en red.
- Comunicación externa, marketing y sensibilización social.
- Transparencia y rendición de cuentas.
- Incorporación y fidelización de personas socias y voluntarias.
- Reconocimiento social del voluntariado.
- Gobernanza, participación de la ciudadanía en los asuntos públicos y relación de la Administración con la sociedad civil.
- Concertación social, nuevos marcos de relación públicos, sociales y privados.
- Nuevas inquietudes ciudadanas y nuevas formulas y espacios para la

- participación.
- Globalización.
- Ciudadanía, convivencia, y diálogo intercultural.

Sin embargo, creo que esta batería de grandes retos se aleja de los aspectos nucleares que pueden hacer posible la existencia de organizaciones de voluntariado sanas y fuertes. No quiero decir con esto que todos esos retos no sean necesarios; estoy plenamente de acuerdo en que hay que avanzar en todos ellos. Pero aun existiendo una organización de voluntariado que cumpla con creces en todos y cada uno de estos aspectos, ello no supondría por sí sólo el éxito y la garantía de desarrollo de esa entidad, ni siquiera de su permanencia.

Muchas veces estos retos están más dirigidos al desarrollo de grandes entidades del tercer sector, especializadas en la prestación de servicios, con muchos recursos y profesionales, pero que no son necesariamente organizaciones de voluntariado, ni donde el voluntariado es un valor en alza. Por eso, son retos lejanos a la mayoría de las asociaciones, que más que ayudar, asustan, abruman, pueden atascar, complican la vida asociativa y pueden impedir a las entidades centrarse en la tarea y en el cuidado permanente del equipo de personas que hacen posible la existencia de dicha entidad.

Si en el mundo de las entidades lucrativas lo que respalda fundamentalmente su buen desarrollo son los resultados económicos (el beneficio), en el mundo de la participación lo que demuestra la salud de una entidad es el grado de cohesión, motivación, implicación y corresponsabilidad entre sus miembros. Desde esta perspectiva, en mi opinión, el principal reto pasa por identificar y cuidar los factores de éxito que hacen posible que las personas seamos capaces de confluir con otras en torno a un proyecto común, traduciendo nuestras convicciones en acciones. Lo fundamental que necesita cualquier asociación independientemente de su tamaño, ámbito o características es cuidar permanentemente la cohesión interna y la identificación con el proyecto asociativo del conjunto de las personas involucradas.

Esto supone que hay que ahondar en el sentimiento de pertenencia y de identidad, y facilitar la participación de las personas en la entidad, desde el apoyo, la formación, la toma de decisiones, la información y la comunicación interna, compartiendo el compromiso, con capacidad de autocrítica, pero celebrando el trabajo bien hecho. Es decir, hemos de crear verdaderas entidades participativas y democráticas, con una correcta gestión de la participación, a la cual habrá que asignar tiempo, recursos y personas con responsabilidad. Es desde esta convicción desde donde desarrollaremos algunas de las cuestiones que, en virtud de nuestra experiencia, entendemos que deben abordarse para la promoción de la participación social y la acción voluntaria en nuestra comunidad autónoma en los próximos años.

5. Marco conceptual confuso

Como decíamos en el apartado anterior, hoy día sigue siendo necesario clarificar y delimitar el marco conceptual e ideológico que define y enmarca la participación social. Sigue habiendo muchas sombras, y no todo vale; la cultura del voluntariado es una cultura de la gratuidad, la participación y la solidaridad. Abogamos por un voluntariado comprometido, desinteresado, crítico y autocrítico, autotransformador y transformador de la realidad, democrático, independiente y cívico.

Sólo desde un marco bien definido podremos favorecer el desarrollo de una cultura de la participación sólida y creíble. Para ello, hacen falta personas y organizaciones ciudadanas convencidas de su contribución social, de su capacidad de transformar e incidir en el desarrollo social. Es preciso que las personas seamos las primeras convencidas de la importancia de la acción social voluntaria y las primeras en saber dar razón de lo que hacemos, desde dónde, para quién y por qué participamos. Los movimientos sociales deben ser conscientes de que han ganado a pulso un reconocimiento social y que son, en muchas ocasiones, un referente para la ciudadanía a la hora de actuar frente a determinadas problemáticas, o de valorar determinadas políticas sociales.

Debemos evitar a toda costa desvirtuar la solidaridad; nuestro reto es recuperar el verdadero sentido de esta palabra. La acción solidaria no puede ser exclusivamente un conjunto de actividades o gestos extraordinarios; al contrario, la verdadera solidaridad debe ser una práctica integrada en la vida cotidiana, en nuestra familia, en el trabajo, en nuestro círculo de amistades, en la calle, en nuestra forma de ser, de estar, de expresar, de relacionarnos.

6. Dificultades para el desarrollo del fenómeno asociativo

Existe una creciente preocupación entre las entidades por las nuevas tendencias del voluntariado y los rápidos cambios en los modelos de participación. La realidad asociativa de hoy día no tiene mucho que ver con aquella que hace treinta años acompañó a la transición. La tendencia actual parece mostrar, por un lado, un voluntariado de compromiso más débil, con un grado menor de exigencia, una menor dedicación, con respaldos menos duraderos, menor identificación con las entidades y menor asunción de responsabilidades. Por otro lado, se ha ralentizado notablemente la creación de nuevas asociaciones, muchas de las nuevas persiguen únicamente un modelo fácil y amable de empresa, y muchos proyectos asociativos parecen heridos de muerte. Cada vez es más habitual la acomodación y la pasividad de los socios y socias, la dificultad para conseguir relevo en las juntas directivas, el poco reconocimiento y apoyo de las instituciones locales y la quemazón de líderes asociativos, que concluye con el cierre de muchas aventuras asociativas.

En las entidades más grandes, son manifiestas las dificultades para encontrar nuevas personas voluntarias, aunque a éstas se les pida únicamente desarrollar labores concretas, sin implicarles en la gestión y dinamización de la propia entidad. Y lo que

es peor, también son manifiestas las dificultades para gestionar a las personas voluntarias, tarea ésta que debería identificarse como prioritaria.

7. Consolidación del tercer sector

Algunos de los rasgos que definen la evolución del tercer sector y que pueden condicionar parcialmente el desarrollo del voluntariado son los siguientes:

- Fuerte desarrollo del tercer sector y, especialmente, de su grado de profesionalización.
- Procesos de agrupamiento de las entidades por sectores e intereses concretos, con posibles sobrerrepresentaciones, y algunas rivalidades y tensiones.
- Escenario inclinado hacia la defensa del propio tercer sector, y su reivindicación como agente social y económico, para ser considerado como un interlocutor válido y cualificado ante las administraciones públicas.
- Vocación de complementariedad con la esfera pública.
- Pocas demandas en tanto que agente de movilización social en el ámbito de la participación ciudadana, lo cual refleja una tendencia a vertebrar el tercer sector desde la perspectiva de la prestación de servicios cada vez más profesionalizados.
- Cierta pérdida de protagonismo del factor ‘voluntariado’ dentro del sector (aunque se sigue destacando como uno de los principales valores añadidos de las entidades).
- Pérdida de identidad, o delimitación imprecisa y confusa de lo que es la acción voluntaria, su conexión con otras expresiones de la participación.
- Ausencia o fragilidad de las propias plataformas de voluntariado y pérdida de posición en favor de otras agrupaciones más estratégicas.
- Cambios de los valores y las formas y grados de participación social (expresiones más coyunturales y menos formalizadas), que se traducen en un debilitamiento –o, cuando menos, un impulso limitado– de la participación y el peso del voluntariado dentro de algunas entidades.
- La actual situación de crisis acentúa las dimensiones de la exclusión social y propicia una mayor demanda hacia las organizaciones de solidaridad, que quedan sobrepasadas por la realidad.

A pesar de todas estas tendencias, permanentemente se refuerza la necesidad de contemplar e impulsar la participación de la comunidad (individual y colectivamente), de mantener las redes informales de apoyo, de recuperar los espacios comunitarios (esto se vislumbra sobre todo en desarrollos normativos: Ley de Servicios Sociales de la CAV, Ley de Dependencia, leyes de participación ciudadana). En este sentido, consideramos clave que, en este momento de reestructuración del tercer sector, las redes sectoriales o territoriales incorporen en su agenda de trabajo la promoción de la participación y la sensibilización social como uno de los pilares clave en los que cimentar la reflexión y el trabajo de las entidades y las federaciones.

8. Interés por participar

Aunque pueda parecer paradójico con respecto a algunas cosas dichas hasta ahora, las entidades sociales han experimentado un gran desarrollo en estos últimos años. Se han diversificado las posibilidades y ámbitos de participación, y se ha mejorado la percepción social de las entidades no lucrativas. Además, existe un número creciente de personas interesadas en colaborar como voluntarias si se dan las circunstancias propicias, se identifican con una causa y existe una entidad que pueda canalizar sus inquietudes y expectativas. Fenómenos como el alargamiento de la esperanza de vida o algunos cambios importantes en el uso del tiempo ofrecen nuevos momentos, espacios y modalidades para la acción voluntaria, y permiten la incorporación de nuevos colectivos. Los últimos estudios realizados en nuestro entorno demuestran que existe una muy buena predisposición en la población para ejercer el voluntariado: casi la mitad de las personas que nunca han sido voluntarias afirman estar interesadas en serlo, y otro 40% no lo descarta.

9. Nuevos modelos de participación

Como viene afirmando desde hace tiempo Luis Aranguren, en estos últimos treinta años se ha producido una importante evolución del modelo predominante de participación. Partíamos de un modelo de voluntariado basado en el compromiso social, la militancia y la identificación con las causas, un modelo con una clara dimensión sociopolítica, donde había una íntima implicación de los voluntarios en la relación con las otras personas y con las funciones de la entidad. Había una verdadera pasión y una visión utópica del mundo y de la propia entidad de la que se formaba parte.

En la actualidad, la participación está abocada hacia un modelo de colaboración social, más basado en la propia realización personal, y que es fruto de la ética de la responsabilidad particular de las y los ciudadanos. Esto se traduce en una participación parcial en un proyecto, con una dedicación e implicación mucho más puntuales y centradas en las tareas concretas, siendo clave el atractivo de la actividad que se realiza por encima de los objetivos e ideales. No se quiere asumir el peso de gestionar un proyecto, sino encontrar una entidad (a ser posible atractiva, grande y con prestigio) en la cual poder canalizar nuestra cuota de responsabilidad social. Las personas prefieren formar parte de una entidad debidamente estructurada, con una dirección lo más profesional posible, que evite tener demasiada responsabilidad a la hora de afrontar decisiones respecto a la marcha o el rumbo de la entidad.

10. El papel de la Administración en el fomento del voluntariado

En Bolunta⁰, hemos detectado un interés creciente por parte de las administraciones locales por desarrollar planes y acciones de promoción de la participación y de la actividad asociativa. La ciudadanía activa, las asociaciones, con su labor diaria, contribuyen al desarrollo y dinamización de nuestros municipios, y éstos ven cada vez más necesario apoyarlas y fomentarlas como cauce de participación, ya que permiten implicar a una parte de la población en los asuntos públicos. Muchos municipios son conscientes de que una mera política subvencional y de cesión de infraestructuras no es suficiente por sí misma para reconocer, poner en valor y potenciar la práctica de la ciudadanía activa.

Además, las administraciones públicas –los ayuntamientos, más concretamente– tienen un papel fundamental en la promoción de la participación social, porque pueden generar dinámicas y actitudes individuales y grupales que permitan ir construyendo una cultura social participativa y vertebradora de un sentido de convivencia basado en la solidaridad comunitaria. Asimismo, el tejido asociativo se enclava principalmente en el ámbito local, y es precisamente ahí desde donde es necesario trabajar, de manera cercana y próxima a la realidad cotidiana de las asociaciones, las redes y los movimientos ciudadanos, de forma que se pueda incidir en algunos pilares clave que potencian y favorecen la participación asociativa.

El desarrollo del modelo de Estado de bienestar se ha basado, durante muchos años, en la institucionalización de los recursos y la profesionalización de los diferentes servicios y actividades, la iniciativa social ha quedado en un plano secundario. Sin embargo, dicho modelo parece insuficiente para garantizar el bienestar social, y queda patente que las necesidades y problemas sociales no se pueden solucionar exclusivamente desde la actuación pública, o confiando en el desarrollo del mercado.

Además, es creciente el descenso de la confianza de la ciudadanía en las instituciones públicas, en los partidos políticos, en el resto de instituciones (Iglesia, educación). La mengua de la participación electoral es el principal síntoma que ha levantado la voz de alarma. En Europa, se habla desde hace ya varios años de la necesidad de evolucionar hacia un nuevo modelo de gobernanza capaz de relacionar política y participación ciudadana, para aumentar recíprocamente la confianza y la responsabilidad entre las instituciones y la ciudadanía, como bien expresa Joan Subirats.

Este cuestionamiento del Estado de bienestar ha provocado que, en los países desarrollados, haya una corriente orientada a fomentar la participación ciudadana y, de forma especial, a recuperar las organizaciones solidarias. En definitiva, se ha tomado conciencia de que una de las piezas clave para mantener o alcanzar determinadas cuotas de bienestar social pasa por implicar a los ciudadanos y las ciudadanas, y reconocer así el valor de la gratuidad y la proximidad en la vida social y en la resolución de las necesidades sociales.

⁰ Bolunta (<<http://www.bolunta.org>>) nació en 2001 por iniciativa de la Diputación Foral de Bizkaia, la BBK y la Fundación EDE.

La Administración debe convencerse del potencial que hay detrás de las personas y sus asociaciones

En los últimos años, se está produciendo una importante normalización del voluntariado, alzado por los poderes como el baluarte de la participación social. Sabemos que ello abre oportunidades, pero no menos cierto es que este proceso tiene sus peligros. El reto, en este sentido, pasa por evitar que el desarrollo normativo (leyes de voluntariado, censos de asociaciones, reglamentos de participación ciudadana) encorsete la participación social y desvirtúe su espontaneidad, su libertad, su autonomía, su compromiso y su capacidad de autoorganización. El desarrollo legislativo no debe poner trabas a la participación, ni burocratizar ni complicar la gestión; lo que debe hacer es reconocer su valor y contrarrestar los condicionantes que la dificultan.

Es preciso que las instituciones, más allá de asignar recursos, faciliten un apoyo global estratégico y técnico para que las organizaciones sociales y el voluntariado desempeñen adecuadamente el papel social que les corresponde. Consideramos que la Administración debe mantener una actitud abierta, colaboradora y dialogante con los movimientos sociales, que se incorpore a una reflexión compartida y no sólo al ejercicio formal de las competencias. Por supuesto, las administraciones no deben caer en el peligro de tutelar o dirigir la acción social voluntaria. Deben apoyar, facilitar, favorecer desde el respeto a su autonomía, pero también desde la complementariedad y todo lo que ello implica. Creemos que la Administración debe convencerse del potencial que hay detrás de las personas y sus asociaciones.

11. Fuertes procesos de profesionalización en el tercer sector

Nuestras entidades están sujetas a mucho movimiento en pocos años: la formalización de la organización para la búsqueda de eficacia, la introducción de criterios de calidad, la complejidad de nuestras fuentes de financiación, el desarrollo profesional, y la tensión entre la finalidad de la entidad y las necesidades de la organización y de sus personas. En este sentido, un número considerable de entidades sociales están experimentando un alto grado de profesionalización, lo cual se ha traducido en un aumento de su tamaño, presupuesto, infraestructura, volumen de actividad y, como es obvio, sus recursos humanos.

Por desgracia, sigue sin haberse superado plenamente la dicotomía personal remunerado / personal voluntario. En general, los problemas surgen por desconocimiento y miedos irracionales: desconocimiento del papel que cada uno puede desempeñar, de lo que puede aportar cada colectivo; miedo a ser sustituido y a perder el puesto de trabajo. La solución está en definir claramente los papeles de cada uno de los colectivos.

La profesionalización no es mala; muy al contrario, es deseable en el corto y medio plazo avanzar por este camino en diversas áreas de actividad de la entidad, con objeto de preservar y mejorar la organización y la eficacia de los objetivos, garantizar el acceso a fuentes de financiación y, en algunos casos, de garantizar la continuidad de proyectos que, de otra forma, estarían abocados a la desaparición. Ahora bien, este proceso de profesionalización no ha de convertir a las entidades en meras prestadoras de servicios. Ello conllevaría un claro peligro de pérdida de identidad y de capacidad crítica. Es necesario que las entidades sociales trabajen permanentemente el componente ideológico que les mueve, y garanticen la implicación de todos y todas sus componentes (profesionales, voluntariado, colaboradores, socios y socias), delimitando claramente el espacio, las funciones y el marco de relaciones entre todas estas categorías. Éste es, precisamente, uno de los principales retos del tercer sector: ser capaces de crecer y desarrollar servicios, profesionalizándose donde sea necesario, desde criterios de mejora continua, y sin perder la perspectiva de su origen y su vocación social.

12. Cómo seguir siendo entidades sociales y participativas

Hacen falta organizaciones fuertes, convencidas de su contribución social, de su capacidad de transformar e incidir en el desarrollo social. Para ello, como ya dijimos, es preciso que las personas asociadas y voluntarias sean las primeras convencidas de la importancia y la función de la actividad asociativa, y que sean las primeras en saber explicar y justificar lo que hacen. Sólo así podremos ser capaces de seguir impulsando el reconocimiento social de la acción voluntaria. En este sentido, uno de los principales retos pasa por cuidar los proyectos asociativos existentes y fortalecer el compromiso de las miles y miles de personas que, a su ritmo, a su manera, están comprometidas aquí y ahora.

Además, las entidades de voluntariado debemos ser escuelas de participación que vayan más allá de nuestros proyectos: debemos reivindicar la dimensión solidaria en la vida social y en la actividad pública y privada. Hay que saber adaptarse a los nuevos ritmos y condicionantes vitales, y para ello, tal vez es preciso seguir desarrollando en las entidades posibilidades de participación con dedicaciones menos intensas. Ello favorecería la participación de un mayor número de personas que, de otra forma, siempre eludirían comprometerse.

Debemos respetar las motivaciones de las personas que llegan y saber adaptarse en la medida de lo posible a ellas. Pero debemos ajustar su concepto de compromiso voluntario, adecuar sus expectativas y procurar que su paso por nuestra entidad sea una oportunidad provechosa para la sociedad, para nuestra entidad, para las entidades de voluntariado y para la propia persona. En nuestras manos está integrar en esa oportunidad los valores del compromiso, el trabajo en equipo, la responsabilidad compartida, la gratuidad o la solidaridad de las causas.

Esta acogida pasa por aceptar la pluralidad de las personas desde sus motivaciones, sus estilos, sus vinculaciones. Esta diversidad nos obliga a conocerlas mejor y a definir mejor lo que nuestra entidad les ofrece y les pide. Éste debería ser el punto de partida para fomentar la identificación con el proyecto, en un proceso de vinculación progresiva y compromiso global. Y sobre todo, tenemos la responsabilidad de seguir siendo entidades abiertas, ampliando las posibilidades de participación en nuestros programas, potenciando nuestra capacidad de acoger a nuevas personas y de integrarlas en nuestra labor solidaria, garantizando su plena participación en la vida de nuestras asociaciones.

También es fundamental establecer vínculos con las personas que han pasado por las entidades y que, por diferentes motivos, no continúan ofreciendo un compromiso estable. Hay que seguir informándolas, compartiendo con ellas reflexiones y tomas de postura, y animándolas a tomar parte en actividades ocasionales que organice la asociación. Por último es necesario seguir peleando contra factores que dificultan la participación, como la pereza, la falta de iniciativa o información y, en cualquier caso, evitar que la gente no participe porque nunca nadie se lo haya propuesto.

13. Siglo XXI: ¿el siglo de la participación?

El siglo XX fue el siglo de la segunda revolución industrial, de las guerras mundiales, del reconocimiento de los derechos humanos y del avance de las democracias y del liberalismo económico. El siglo XXI está llamado a ser el siglo de la globalización, del desarrollo sostenible, la erradicación de la pobreza y, en nuestra opinión, de la participación, precisamente para hacer posible todo lo anterior.

La participación social refleja la aspiración compartida de alcanzar una sociedad igualitaria y cohesionada, inspirada en principios democráticos y en la plena defensa de los derechos humanos. Una sociedad más feliz, sin pobreza, en paz, una sociedad movilizadora por la libertad y por la búsqueda permanente de la justicia social.

Detrás de cualquier manifestación de la participación social, lo que está en juego es la calidad de la democracia, y, por tanto, el futuro mismo de nuestras comunidades. La participación es un motor de la acción pública. Un espacio fundamental donde se construye ciudadanía desde un compromiso con un modelo de relación cimentado en la justicia, la inclusión y la solidaridad. Política entendida como pensamiento y transformación de lo social, lo cultural, lo económico... Política como voluntad de servicio, de trabajo comprometido para dar respuesta a las necesidades ciudadanas y, especialmente, a las de los colectivos más vulnerables.

El mundo está cambiando. Sin duda, ha llegado la hora de clarificar y dotar de contenido al papel de la sociedad civil. Durante este siglo, tenemos que ser capaces de hacer que la participación sea entendida no sólo como un medio para el desarrollo social, sino como un fin en sí mismo. Dicho de otra forma, el fin del desarrollo

humano sería permitir la plena participación, en igualdad de condiciones, de todas las personas.

Esperamos que 2011, Año Europeo del Voluntariado, sea una buena oportunidad para proseguir en la consolidación de una sociedad civil organizada, implicada, corresponsable, colaboradora, eficaz, crítica, creativa y cada vez más transformadora.

Bibliografía

(2003): *Los retos de la acción voluntaria*, Bilbao, Bolunta.

(2003): *Ser voluntaria, o voluntario*, Bilbao, Bolunta.

(2005): *Ser una organización de voluntariado*, Bilbao, Bolunta.

ARNAIZ, N.; y VICENTE, J. A. (en prensa): “La promoción del asociacionismo y la participación social: el papel de las ‘agencias/centros/puntos’ de promoción del voluntariado”, en: *Actas del VIII Congreso Vasco de Sociología y Ciencia Política. Sociedad e Innovación en el Siglo XXI. Bilbao, 10-12 de febrero de 2010*.

FANTOVA, F. (2006): “Tendencias en solidaridad y participación ciudadana”. Conclusiones de la mesa de debate del Congreso ‘Bolunta 2005’, Barakaldo, 15-17 de diciembre de 2005 [<http://www.bolunta.org/bolunta2005/cast/Mesa%20debate%20Tendencias%20de%20solidaridad%20y%20participaci%C3%B3n%20ciudadanas.pdf>], consultado el 8-XII-2010].

OPPENHEIMER, W. (2010): “Cameron llama a sustituir el poder público a través de la sociedad civil”, *El País*, 20-VII-2010 [http://www.elpais.com/articulo/internacional/Cameron/llama/sustituir/poder/publico/traves/sociedad/civil/elpepuint/20100720elpepiint_3/Tes], consultado el 7-XII-2010].

SÁENZ DE UGARTE, I. (2010): “Cameron quiere que el voluntariado supla el recorte social”, *Público*, 19-VII-2010

[<http://www.publico.es/internacional/328664/cameron-quiere-que-el-voluntariado-supla-el-recorte-social/>], consultado el 7-XII-2010].